

Ademas la cuarta parte de este ejército iba todavía marchando en enero de 1808. Napoleon que deseaba un pronto desenlace, mandó á sus tropas un movimiento decidido sobre Madrid. La carretera que conduce á esta capital se divide en dos en las inmediaciones de Búrgos. Uno de los ramales pasa atravesando el reino de Leon por Valladolid y Segovia, atraviesa el puerto de Guadarrama por cerca de San Ildefonso y llega hasta Madrid dejando á un lado el Escorial. El otro atraviesa Castilla la Vieja, por Aranda, pasa el Guadarrama por Somosierra, y llega hasta Madrid pasando antes por Buitrago y Chamartin (1). Como los dos cuerpos de Dupont y Moncey se hallaban el primero en Valladolid (camino de Salamanca), y el segundo entre Vitoria

(1) Sensible es que un escritor tan concienzudo como Mr. Thiers no haya tenido á la vista, al escribir su historia, el mapa de España, medio sencillísimo de haber evitado los muchos errores geográficos que en tan pocas líneas comete, hablando precisamente de un camino por donde hizo su viaje á Madrid. Vamos á rectificarlos, no para nuestros compatriotas, que no lo han menester, sino en obsequio del historiador, que teniendo presente esta nota, si tanta honra merece, podrá evitar tamaños defectos en su segunda edicion. El camino que parte de Búrgos á Valladolid, y de esta ciudad á Madrid, no toca en Segovia, ni mucho menos en el reino de Leon. Viniedo de Valladolid se atraviesa el puerto de Guadarrama, pero el camino no pasa por el Real sitio de San Ildefonso, que queda á media legua á la derecha. El otro camino que pasa por Aranda y Buitrago atraviesa el puerto de Somosierra, pero no el de Guadarrama. El pueblo de Chamartin queda á la izquierda, algo distante de la carretera.

(Nota del traductor).

y Búrgos, antes de dividirsela carretera, no habian dado todavía un paso que pudiese revelar la intencion de marchar sobre la capital. Napoleon mandó al general Dupont que dirigiese una de sus divisiones á Segovia, y al mariscal Moncey, que hiciese ocupar á Aranda por otra de las suyas, bajo pretesto de que era necesario estenderse para que no faltasen la subsistencias. Desde entonces quedó ya descubierta la intencion de marchar sobre Madrid, pero lo que probaba hasta la evidencia que Lisboa no era el verdadero objeto de todos aquellos movimientos, era la entrada de las tropas francesas en Cataluña y Navarra. Para dar una explicacion que no pudiese creerse mas que á medias, Napoleon, al comunicar al general Duhesme la orden de penetrar en Cataluña, y al general Merle la de entrar en Navarra, hizo que Mr. de Beauharnais anunciase á la corte de España, la intencion de un doble movimiento de tropas hácia Cádiz, uno atravesando Cataluña, y el otro Estremadura y Andalucía. La escuadra francesa surta en Cádiz, podia ser el motivo de aquella expedicion. Por lo demas, aunque no se creyese el objeto que se alegaba, bien fuese por la corte ó por el país, lo único que podria resultar seria el que se aumentase la alarma y el temor, cosa que no sentia mucho Napoleon, pues que deseaba la fuga de la familia real, si no en aquel mismo momento, á la mayor brevedad posible.

El emperador juzgaba demasiado ventajoso el tener sus depósitos siempre llenos por medio de conscriptos llamados con anticipacion, é instruidos doce ó quince meses antes de ser empleados, para que dejase de perseverar en el sistema de conscrip-

cion adelantada, especialmente en los momentos en que trataba de formar en el litoral europeo numerosos campos situados al lado de sus escuadras. En consecuencia, despues de haber pedido en la primavera de 1807 la conscripcion de 1808, quiso en el invierno de este último año exigir la de 1809. Esta peticion le proporcionaba tambien la ocasion de dirigir una comunicacion al Senado, y de una esplicacion especiosa, acerca de la inmensa reunion de tropas que se efectuaba al pie de los Pirineos. El Senado se reunió el 21 de enero para oír la lectura de un informe sobre las negociaciones con Portugal, y sobre la resolucion adoptada y ejecutada ya, de invadir el patrimonio de la casa de Braganza. De esto se tomaba pretesto para desenvolver el sistema de ocupacion de todas las costas del continente, á fin de contestar al bloqueo marítimo con el bloqueo continental. La conscripcion de 1808, decia Mr. Regnaud de Saint-Jean d'Angely, autor del informe presentado al Senado, habia sido la señal y el medio de la paz continental firmada en Tilsit: la conscripcion de 1809, seria la señal de la paz marítima. Desgraciadamente nadie sabia ni podia decir el sitio en que esta última debia firmarse. Tambien renovó la promesa de no emplear mas que en los depósitos á los jóvenes conscriptos llamados con un año de anticipacion, para atenuar el efecto moral de aquellos repetidos llamamientos. En otra relacion se anunciaba, que por consecuencia de tratados anteriores, quedaban incorporados al imperio Kehl, Cassel, Wesell y Flesinga; Kehl y Cassel como dependencias indispensables de las plazas de Estrasburgo y Maguncia; Wesel como punto de gran importancia

en la parte inferior del curso del Rhin; y en fin, Flesinga, como el puerto de un establecimiento marítimo, cuyo astillero era Amberes. Esta última comunicacion conducia á una profesion de fé imperial sobre el desinterés de la Francia, que habiendo tenido en sus manos el Austria, la Alemania, la Prusia y la Polonia, no se habia apropiado nada y se contentaba con adquisiciones tan insignificantes como Kehl, Cassel, Wesel y Flesinga. Napoleon manifestó deseos de que se mirase el nuevo reino de Westfalia no como un aumento de territorio, pues que se habia dado á un príncipe independiente, sino como una simple estension del sistema federativo del imperio francés.

Buenos ó malos, estos argumentos, cuyas ideas pertenecian á Napoleon, y el estilo á Mr. Regnaud, presentados con lenguaje brillante y grandioso, fueron, segun costumbre, recibidos con una respetuosa inclinacion de cabeza por parte de los senadores, y en seguida se votó la conscripcion de 1809.

Este nuevo contingente de ochenta mil hombres, debia hacer subir á muy cerca de novecientos mil la masa de las tropas francesas esparcidas por las orillas del Vistula, del Oder y del Báltico; por los Alpes, el Pó, el Adige, el Isonzo, las costas de la Iliria y de las Calabrias, y las márgenes del Ebro y del Tajo. Agregándola por lo menos cien mil aliados, formaba un total de mas de un millon de hombres, de los que las tres cuartas partes eran soldados viejos, tan buenos como los de César, y guiados por un hombre que con respecto al talento militar, era superior al capitan romano. ¿Qué habia, pues, imposible con estas fuerzas colosales,

las mayores de que ha dispuesto ningun mortal, si la prudencia política contenia el delirio de la victoria?... Cuando Napoleon hacia su enumeracion, sentia una satisfaccion peligrosa; solo se encontraba embarazado para pagarlas, pero contaba con la continuacion de la guerra para hacerlas vivir á costa del estrangero, ó con reducir el efectivo sin disminuir los cuadros si se lo permitia hacer la paz. En este prodigioso poderío militar se apoyaba para intentarlo y quererlo todo, considerándose á semejante altura dispensado de las reglas de la moral ordinaria, pudiendo dar ó quitar los tronos como la Providencia, siempre justificado por la grandiosidad de sus miras y de sus resultados.

A esta época se remonta el origen de una idea que preocupó despues constantemente á Napoleon, en materia de organizacion militar, que absolutamente no era buena en sí misma, pero que únicamente á él pudiera producir ventajas: consistia aquella en convertir los regimientos franceses en legiones, á semejanza con muy corta diferencia de las legiones romanas. El batallon compuesto de setecientos á ochocientos soldados, tiene por medida la potencia física del hombre que no puede mandar directamente un número mayor: el regimiento compuesto de tres ó cuatro batallones, y que tiene por medida la solicitud del coronel, que no puede cuidar paternalmente mayor número de individuos, ha sido en los tiempos modernos la base de la organizacion militar. Con algunos regimientos se ha formado la brigada, con varias brigadas la division, y con muchas divisiones el ejército. Generalmente se ha dejado en la frontera un batallon llamado de depósito, en que se ha tenido

costumbre de reunir los soldados débiles, convalecientes, ó que todavía no se hallan en buen estado de instruccion, con los oficiales menos capaces de un servicio activo, para que sirva de lugar de descanso y de instruccion, y puedan surtir de reemplazos á los batallones de guerra. Manejando con arte profundo aquella organizacion, supo Napoleon crear aquellos ejércitos, que partiendo del Rhin, y algunas veces del Adige y del Vulturno, iban á combatir y vencer en las orillas del Vistula ó del Niemen. El constante cuidado y esmero de aquellos depósitos contribuyeron quizá tanto para sus triunfos como su génio para los combates. Mas su arte iba á complicarse, y su solicitud á estenderse á medida de que aquellos depósitos, colocados en las orillas del Pó ó del Rhin, y que habian enviado ya destacamentos á los ejércitos de Prusia y de Polonia, debian enviar todavía otros á los de España, Portugal é Iliria. Vigilar ciento diez y seis regimientos franceses de infanteria, y ochenta de caballeria, de los que se habia sacado un número considerable de cuerpos provisionales, y ademas la guardia imperial, los suizos, los polacos, los italianos, los irlandeses, y los auxiliares alemanes y españoles, seguir con la vista al regimiento y sus destacamentos á todos los paises, dirigir su formacion, instruccion y colocacion, de modo, que se diese á cada uno el empleo mas conveniente, y prevenir ó evitar la desorganizacion que pudiera originarse de la dislocacion de las partes, porque un regimiento cuyo depósito se hallaba á orillas del Rhin, tenia algunas veces batallones en Polonia, en Alemania, en España y en Portugal, todo esto exigia una atencion constante y difícil, capaz

de postrar al génio mas infatigable. Napoleon imaginó, pues, crear sesenta legiones en vez de ciento veinte regimientos, compuesta cada una de ocho batallones de guerra, mandados por un mariscal de campo, algunos coroneles y tenientes coroneles, que podian suministrar batallones de guerra á Italia, Polonia y España, y que tendrian un solo depósito, del que dependerian todos los destacamentos que se sacasen de él. Esto era desnaturalizar el regimiento, base mucho mas justa, como ya hemos dicho, pues que tiene por medida la fuerza fisica del gefe de batallon y la fuerza moral del coronel, y sustituirle una nueva composicion enteramente arbitraria, por la comodidad de una posicion única, única como la fortuna y el génio de Napoleon: porque escepto él, ¿quién podia tener jamás disponibles batallones de un mismo regimiento para enviarlos á Polonia, Italia y España?... Esta idea estaba tan arraigada en su mente, que no cesó despues de pensar en ella durante su reinado, y hasta en el destierro. Sin embargo, por las objeciones de los señores Lacuée y Clarke, adoptó un proyecto medio que sin desnaturalizar el regimiento, aumentaba su composicion, disminuyendo el numero total de los cuerpos. Decidió por un decreto, que no firmó definitivamente hasta el 18 de febrero, que todos los regimientos de infanteria se compondrian de cinco batallones, cuatro de guerra y uno de depósito, y cada batallon de seis compañías, una de granaderos, otra de cazadores, y cuatro de fusileros. Al batallon de depósito solo se le señalaron cuatro compañías, porque las de preferencia solo deberian formarse en tiempo de guerra. Con arreglo á

aquel decreto, cada compañía debia constar de ciento cuarenta hombres, y el regimiento completo de tres mil novecientas setenta plazas, entre ellas ciento ocho oficiales y tres mil ochocientos sesenta y dos sargentos, cabos y soldados. El coronel y cuatro gefes de batallon mandaban los de guerra, y el mayor quedaba en el depósito. En este arreglo, que escedia ya las proporciones naturales, y que era producido por la situacion de Napoleon y de la Francia, un regimiento que tuviese su depósito á orillas del Rhin, por egemplo, podia tener dos batallones de guerra en el grande ejército, uno en las costas de Normandia, y otro en España. Un regimiento que tuviese su depósito en el Piamonte, podia tener dos de sus batallones de guerra en Dalmacia, uno en Lombardia y otro en Cataluña. De este modo cada cuerpo tomaba simultáneamente parte en todos los géneros de guerra, y cuando cesaban las hostilidades en el Norte, se procuraba dejar que descansasen los que habian hecho la guerra en Polonia, y dirigir hacia España los que no se habian hallado en las últimas campañas, ó los que tenian fuerzas y deseos de hacer muchas consecutivas. Pero esta composicion de los regimientos, que tal vez ofrecia ventajas para Napoleon y para el imperio, en el estado á que uno y otro habian llegado, es una prueba singular de la influencia que una política estrema egercia ya sobre la organizacion militar. Mientras que la estension de sus empresas iba á debilitar los ejércitos de Napoleon diseminándolos, iba á debilitar tambien á los mismos regimientos, aumentándolos desmedidamente y disminuyendo la energia del espíritu de familia entre compañeros de armas

muy separados unos de otros. Un cuerpo militar es un todo que tiene sus proporciones naturales, su arquitectura, si nos es lícito espresarnos así, que es muy fácil desnaturalizar si se la quiere dar mucha estension.

Por lo demas, muchas disposiciones de aquel decreto, revelaban los nobles y esforzados sentimientos del grande hombre que le habia concebido. El águila del regimiento, objeto del respeto, del amor y de la adhesion de los soldados, porque es su honor, debia estar en donde se encontrase el mayor número de batallones, y confiarse á un porta-águila, que tendria el grado, el rango y la paga de teniente, y que deberia llevar por lo menos diez años de servicio, ó haberse encontrado en las batallas de Ulm, de Austerlitz, Jena y Friedland. Como ayudantes, y con el título de segundo y tercero porta-águila, debia tener con la graduacion de sargentos y paga de sargento mayor, dos soldados veteranos, que hubiesen asistido á las grandes batallas, y que no podian ascender por no saber leer ni escribir. Este era un medio muy decoroso de emplear y recompensar á unos valientes, cuya inteligencia no igualaba á su intrepidez. Todo, pues, recibia en el estado la influencia del génio de Napoleon, y el sello de su grande alma.

Exaltado por el sentimiento de su poder, persuadido de que podia hacer cuanto mejor le pareciese desde que la Inglaterra se lo permitia todo á si misma, considerando como terminada la guerra continental, y la prolongacion de la marítima como una demora útil para llevar á cabo sus planes, Napoleon estaba resuelto á destruir todos los obstáculos que se opusiesen á su voluntad. Al mismo

tiempo que daba las órdenes que acabamos de referir, para hacer que la península española entrase en el sistema del imperio, espedia otras casi enteramente idénticas y con igual objeto con respecto á la península italiana, para concluir por una parte con la soberanía del papa, que le incomodaba en el centro de Italia, y por otra con la de los Borbones de Nápoles que le insultaban desde la isla de Sicilia.

Ya hemos visto que la negativa de devolver las Legaciones á la Santa Sede despues de la consagracion y de la conquista del reino de Nápoles, que acababa de hacer de los estados romanos un simple enclavado del imperio francés, habian descontentado sucesivamente á Pio VII y convertido su ordinaria dulzura en una irritacion continua, y algunas veces violenta, contra Napoleon, á quien sin embargo amaba. La pérdida de los principados de Benevento y Ponte-Corvo, que se habian dado á Mr. de Talleyrand y al mariscal Bernadotte, la ocupacion de Ancona, y el continuo paso de tropas francesas, habian aumentado en sumo grado el disgusto y la exasperacion del Santo Padre. Así es que no queria acceder á ninguna de las peticiones de la Francia, y las desechara todas, unas con motivos especiosos, y otras con razones que no lo eran, y que no se tomaba el trabajo de desfigurar. Rehusó primero anular el primer matrimonio del príncipe Gerónimo, contraido sin ninguna formalidad, y solo consintió en cerrar los ojos sobre aquel asunto, despues que la autoridad eclesiástica francesa decretó la anulacion. Se negó á reconocer á José como rey de Nápoles; recibió en Roma á los cardenales napolitanos pertinaces, y

dió asilo en los arrabales de aquella capital á los que asesinaban á los franceses. Conservó á su lado al cónsul del destronado rey de Nápoles, alegando que retirado aquel monarca á Sicilia, era por lo menos rey de aquella isla, y que por consiguiente podia tener su representante en Roma. No consintió en escluir á los ingleses del territorio de los estados romanos, diciendo que era soberano independiente, y que por lo tanto podia estar en paz ó en guerra con quien quisiese, y que por su cualidad de gefe de la cristiandad, no debia hallarse en guerra con ninguna de las potencias cristianas, aunque no fuesen católicas. Diferia la institucion canónica de los obispos, y exigia que los obispos italianos se presentasen en Roma. Negaba que el concordato francés fuese estensivo á las provincias italianas que habian llegado á ser francesas, como la Liguria y el Piamonte, y que el concordato italiano lo fuese tampoco á las provincias venecianas últimamente agregadas al reino de Italia. En fin, no se prestaba á ninguno de los arreglos propuestos para la nueva iglesia alemana, y sobre cualquier asunto oponia las dificultades naturales que provenian de él, ó creaba voluntariamente las que no existian. De este modo Napoleon recogia el premio de su negligencia en contentar á la córte de Roma, á la que hubiera podido mantener en las mejores disposiciones, mediante algunos pequeños sacrificios de territorio que le hubieran sido fáciles; porque sin tocar á los reinos de Lombardia y Nápoles tenia la Toscana, Plasencia y Parma para redondear el patrimonio de San Pedro. Es cierto que su imperiosa voluntad de someter la Italia entera á su régimen de guer-

ra contra los ingleses, hubiera sido siempre una dificultad grave. Mas hubiera sido posible, teniendo al papa satisfecho, obtener su adhesion á todas las condiciones de guerra que quisiese imponer á la Italia, bajo la forma de un tratado de alianza ofensiva y defensiva.

Desentendiéndose de los motivos que le habian enagenado la voluntad del Santo Padre, Napoleon le decia:—Sois soberano de Roma, es cierto, pero dependeis del imperio francés; sois papa, yo soy emperador, como lo eran los emperadores germánicos, como lo era mas antiguamente Carlo-Magno; y con respecto á vos soy Carlo-Magno por mas de un titulo, por mi poder y por mis beneficios. Obedecereis, pues, las leyes del sistema federativo del imperio, y cerrareis vuestro territorio á mis enemigos.—La forma de esta pretension ofendió á Pío VII mucho mas todavía que su fondo. Sus ojos, ordinariamente tan apacibles, se inflamaron con el fuégo de la cólera, y declaró al cardenal Fesch que no reconocia en la tierra soberano superior á él; que si se trataba de renovar la tiranía de los emperadores alemanes de la edad media, renovaria la resistencia de Gregorio VII, y que aun cuando se pretendia que las armas espirituales habian perdido su fuerza, haria ver que podian ser de buen temple, contra un soberano de reciente origen, que habia consagrado con sus propias manos, y que á esta consagracion debia en gran parte su autoridad moral. Napoleon contestaba que temia muy poco las armas espirituales en el siglo XIX; que no daria ningun pretexto legitimo para que se empleasen, absteniéndose de tocar á las materias religiosas: que se limitaría á hacer reconocer su

autoridad al soberano temporal, que le dejaría en el Vaticano como obispo de Roma, jefe de los obispos de la cristiandad, y que nadie se interesaría ni en Francia ni en Europa por el príncipe temporal cuya soberanía espiritual no había recibido ningun ataque.

El cardenal Fesch, cuyo carácter altanero y quisquilloso y mediano talento podían comprometer las negociaciones más fáciles, fué reemplazado por Mr. Alquier, habituado sucesivamente en las cortes de Madrid y Nápoles á tratar con los antiguos monarcas, y guardarlos ciertas consideraciones: mas no por eso varió en nada la situación, y las relaciones entre ambos gobiernos conservaron toda su acrimonia. La corte pontificia pensó, sin embargo, en enviar á París un cardenal para terminar por medio de una transacción las diferencias que existían entre Roma y el imperio, y eligió al efecto al cardenal Litta. Napoleón no quiso admitirle porque era uno de los cardenales animados del peor espíritu. Entonces se escogió al cardenal francés de Bayanne, miembro sábio é ilustrado del Sacro Colegio. Al mismo tiempo, el papa, para probar que el cardenal Consalvi no era autor de su resistencia, como suponía Napoleón, le relevó del cargo de secretario de Estado, y se le confió al cardenal Casoni, prelado anciano, sin fuerza y sin gran disposición.—Así se verá, prorumpía con orgullo, que á pesar de su dulzura se manifestaba claramente cuando se le irritaba, se verá que conmigo, y solo conmigo hay que entenderse; que á mí es á quien debe oprimirse, y hacer que me pisen los soldados franceses si se quiere violentar mi autoridad.

No guardando ya miramiento alguno Napoleón, como hemos dicho, hizo que el general Lemarois ocupase militarmente las provincias de Urbino, Ancona y Macerata que forman la costa del Adriático: temerosos entonces el papa y los cardenales de que aquellas provincias sufriesen igual suerte que las Legaciones, pensaron en una transacción, y se redactó un convenio cuyas condiciones eran las siguientes:

El papa, soberano independiente de sus estados, proclamado tal, y garantido por la Francia, contraería, no obstante, alianza con ella, y siempre que estuviese en guerra, espulsaría á sus enemigos del territorio de los Estados romanos.

Las tropas francesas ocuparían á Ancona, Civita-Vecchia y Ostia, pero los gastos de su manutención serían de cuenta del gobierno francés.

El papa se obligaría á hacer limpiar y poner en buen estado el puerto de Ancona, que se hallaba obstruido.

Reconocería al rey José, despediría al cónsul del rey Fernando, á los asesinos de los franceses, á los cardenales napolitanos que se habían negado á prestar juramento, y renunciaría á su antiguo derecho de investidura sobre la corona de Nápoles.

Consentiría en hacer estensivo el concordato de Italia, á todas las provincias que componían el reino de Italia, y el de Francia á todas las provincias de Italia convertidas en provincias francesas.

Nombraría sin dilación los obispos franceses é italianos, y no exigiría de estos últimos el viage á Roma.

Designaria plenipotenciarios encargados de concluir un concordato germánico.

Finalmente, para dar seguridades á Napoleon del buen espíritu del Sacro Colegio, y para que la influencia de la Francia guardase proporción con la estension de su territorio, la tercera parte del número total de cardenales se compondría de franceses.

Mas cuando este arreglo estaba ya á punto de terminarse, el papa, dejándose llevar de sugestiones funestas, y sumamente picado por dos cláusulas, la que obligaba á la Santa Sede á cerrar su territorio á los enemigos de la Francia, y la que aumentaba el número de los cardenales franceses, cláusulas de las que la primera era inevitable en la situacion geográfica de los Estados romanos, y la segunda propia para pacificarlo todo en el porvenir, se negó decididamente á prestar su adhesión á él.

Entonces, sin oír ni una sola observacion, y sin querer escuchar la oferta de retractar la primera negativa, Napoleon mandó entregar sus pasaportes al cardenal de Bayanne, y espidió las órdenes necesarias para la invasion de los Estados romanos. En el fondo, allí como en España, estaba decidido á no llegar á una solucion definitiva, es decir, á dejar al papa en el Vaticano con una renta pingüe, y una autoridad puramente espiritual, y á privarle de la soberanía temporal de la Italia central. Mas esperando tener que habérselas con los españoles dentro de dos ó tres meses, es decir, hácia el tiempo de Pascua, no quería que las causas religiosas se uniesen con las políticas para conmo-

ver á un pueblo fanático. Formó, pues, el proyecto de ocupar por el momento á Roma y las provincias de la costa del Mediterráneo, como habia ya hecho ocupar las del Adriático. En su consecuencia, ordenó al general que mandaba en Toscana, reuniese dos mil quinientos hombres en Perusa, al general Lemarois que dirigiese otros tantos á Foligno, y al general Miollis que se pudiese al frente de las dos brigadas, avanzase sobre Roma y recogiese al paso una columna de tres mil hombres, que José tenia orden de hacer salir de Terracina, é invadiese con aquellos ocho mil soldados la capital del orbe cristiano. El general Miollis debia entrar de grado ó por fuerza en el castillo de Santo Angelo, tomar el mando de las tropas pontificias, dejar al papa en el Vaticano con una guardia de honor, no mezclarse para nada en el gobierno, decir que iba ocupar á Roma por un tiempo mas ó menos limitado, por miras puramente militares, para alejar del Estado romano á los enemigos de la Francia. No debia apoderarse mas que de la policía, y servirse de ella para espulsar á los bandidos que tenian en Roma su guarida, para enviar á Nápoles á los cardenales napolitanos, y para sacar de las cajas públicas lo que necesitase para sus tropas.

El ilustre Miollis, antiguo soldado de la república, que reunia á un carácter inflexible el talento mas cultivado, la mas pura probidad, y una gran costumbre de tratar con los príncipes italianos, era mas á propósito que ningun otro para desempeñar aquella comision rigurosa, conservando los respetos debidos al jefe de la cristiandad. Napoleon le señaló un sueldo considerable con ór-



den de tener siempre en Roma un brillante estado mayor, para que los romanos se habituasen á ver en el general francés alojado en el castillo de Santo Angelo al verdadero gefe del gobierno, mas bien que en el pontífice á quien se habia dejado en el Vaticano.

La invasion de Portugal habia atraido hácia Gibraltar las tropas que los ingleses tenian en Sicilia, y las que habian regresado batidas de Alejandria. Para conservar aquel resto de su corona á su infortunada victima la reina Carolina, no contaban mas que con siete ú ocho mil hombres. Era, pues, llegado el caso de preparar una expedicion contra aquella isla, y aprovechar la circunstancia de la reunion de las escuadras francesas en el Mediterraneo para trasportar aquella expedicion. Napoleon mando al almirante Rosily, comandante de la escuadra francesa de Cádiz, y al almirante Allemand, que mandaba la hermosa division de Rochefort, que levasen el áncora al primer viento favorable, y se reuniesen con la division de Tolon. Habia conseguido que se diese la misma orden á la division española de Cartagena, mandada por el almirante Valdés, orden ejecutada con bastante puntualidad desde que el gobierno español se mostraba tan sumiso, y esperaba reunir en Tolon mas de veinte buques á las órdenes del almirante Ganteaume, si la operacion se llevaba á cabo felizmente. Con que se reuniese una de aquellas escuadras, la de Rochefort, la mas probable por el punto de partida, y la mas deseada por la calidad de las tripulaciones y del comandante, tenia bastante para trasportar un ejército á Sicilia, y abastecer de viveres á Corfú, objeto secundario y no

el menos importante de la expedicion. Previno, pues, al almirante Ganteaume, que reuniese en Tolon y embarcase con la division que ya se hallaba en aquel puerto, considerables cantidades de provisiones de todas clases como trigo y galleta, y municiones de guerra, pólvora, proyectiles, cureñas y utensilios, y que dejase aquel cargamento en Corfú, cualquiera que fuese el resultado de la expedicion contra la Sicilia. Mandó tambien á José que reuniese en Baias ocho ó nueve mil hombres con su armamento completo, y en Escila, frente por frente del Faro, otros siete ú ocho mil, con muchas falúas y otras embarcaciones menores, propias para atravesar el pequeño brazo de mar que separa la Sicilia de la Calabria. Quería que estuviese todo prevenido, de manera que en cuanto el almirante Ganteaume, que debía salir de Tolon, llegase á Baias, pudiese embarcar los ocho ó nueve mil hombres concentrados en aquel punto, y trasportados en veinte y cuatro horas al Norte del Faro, acudirian los otros siete ú ocho mil reunidos en Escila, embarcados en los pequeños buques que se les hubiese proporcionado. Con estos quince ó diez y seis mil hombres se debía tomar el Faro, artillarle perfectamente, armar tambien el fuerte de Escila, y ocupados ya por los franceses estos dos puntos que cerraban el estrecho, no habria ni un soldado inglés que se atreviese á permanecer en Sicilia.

Mas para esta atrevida empresa era necesario que las reiteradas órdenes de Napoleon, relativas á los dos puntos que los ingleses poseian todavia en la costa de Calabria, Escila y Reggio, hubieran tenido cumplida ejecucion. Napoleon se habia in-